

Cuervo

Dos leyendas

I

Negro era el sin ojo
Negra la lengua dentro
Negro era el corazón
Negro el hígado, negros los pulmones
Incapaces de llenarse de luz
Negra la sangre en su túnel sonoro
Negras las entrañas encerradas en el horno
Negros también los músculos
Luchando por salir a la luz
Negros los nervios, negro el cerebro
Con sus sepultadas visiones
Negra también el alma, el inmenso tartamudeo
Del grito que, hinchándose, era incapaz
De pronunciar su sol.

II

Negra es la húmeda cabeza de la nutria,
levantada.

Negra es la roca, cercada de espuma.
Negra es la hiel que yace
En el lecho de la sangre.

Negra es la Tierra a una pulgada del suelo,
Un huevo de negrura
Donde el sol y la luna alternan su inclemencia

Para crear un cuervo, un arco iris negro
Inclinado en el vacío
sobre el vacío

Pero volando

La puerta

Al sol y la intemperie se alza un cuerpo.
Crece como un tumor del mundo sólido.

Forma parte del mundo y su muro de tierra.
Las plantas de la tierra, como los genitales
Y el deshojado ombligo
Residen en sus grietas.
O ciertas criaturas terrestres,
Como la boca.

Todas hunden
Sus raíces en tierra,
O comen tierra
O son tierra, espesando el muro.

Pero hay una puerta en el muro,
Una puerta negra:
La pupila en el ojo.

Por esa puerta vino Cuervo.

Volando de sol a sol, encontró este hogar.

La primera lección de Cuervo

Dios trató de enseñar a Cuervo a hablar.
'Amor,' dijo Dios. 'Dí amor.'
Cuervo boqueó, y un tiburón blanco
Se estrelló contra el mar
Y descendió entre remolinos,
Explorando su propia hondura.

'No,' dijo Dios, 'no. Venga, dí amor. AMOR. Tú puedes.'
Cuervo boqueó, y una mosca azul,

Una tsetsé, un mosquito
Salieron zumbando y se posaron
Sobre sus poros respectivos.

‘Venga, un último intento,’ dijo Dios. ‘Dí, AMOR.’
Cuervo, convulso, boqueó,
Se adelantó entre arcadas y
Una enorme cabeza de hombre
Emergió de la tierra,
Haciendo voltear los ojos,
Farfullando protestas.

Y Cuervo se dobló de nuevo,
Antes de que Dios pudiera hacer nada.
Y la vulva de una mujer
Cayó sobre el cuello del hombre
Y se contrajo.
Juntos forcejearon
Sobre la hierba.
Dios trató de apartarlos, los maldijo, lloró ...

Cuervo, invadido por la culpa,
Huyó volando.

Cuervo narra la batalla

Fue una batalla horrible.
El ruido era tan fuerte como
Los límites del ruido permitían.
Más altos los chillidos los gemidos más hondos
De lo que los oídos podían soportar.
Muchos tímpanos reventaron y algunos muros
Cayeron intentando huir del ruido.
Hubo peleas, avalanchas.
Todo luchó por escapar
De aquel desgarrador estruendo
Como quien cruza una cascada oculta.

La pólvora estallaba sin descanso.
Los dedos perpetuaban su rutina
Al ritmo de los nervios y las órdenes.
Los ojos rebosaban muerte o indiferencia.

Las balas seguían su curso
Cruzando piedra, tierra, piel,
Cruzando intestinos, cuadernos,
Sesos, dientes, cabellos,
Obedeciendo a leyes invariables.
Y las bocas gritaban «¡Madre!»
Cogidas en las trampas repentinas del cálculo,
Los teoremas hendían a los hombres,
Y ojos cegados por el shock
Contemplaban la sangre desaguada
Sobre el vacío astral.
Rostros hundidos en el barro
Como mascarillas mortuorias
Llegaron a observarla sobre el sol.
No era posible aprender más
O con mayor exactitud.
La realidad les dio un par de lecciones,
Con su mezcla de ciencia y evangelio
Y sus ejemplos a todo color:
Aquí, un cerebro entre dos manos,
Allí, piernas colgando de unas ramas.
No había más salida que la muerte.
Y, sin embargo, la lucha siguió,
Sobrepasó plegarias y cronómetros,
Derrotó cuerpos entrenados
Hasta que la munición se agotó
Y un cansancio infinito sobrevino
Y cuanto fue quedando miró lo que quedaba.

Y entonces todos
Se echaron a llorar, o se sentaron,
Demasiado exhaustos para llorar,
O se tendieron,
Demasiado heridos para llorar.
Y al aclararse el humo, quedó claro
Que aquello había ocurrido con frecuencia
Y volvería a ocurrir otra vez
Y ocurría muy fácilmente
Los huesos eran como astillas
La sangre parecía agua
Los chillidos silencio
Las muecas más horribles
Eran como pisadas en el barro,

Y disparar a alguien en el vientre
 Era como encender una cerilla
 O embocar una bola en su tronera
 O romper un recibo en dos
 Hacer saltar el mundo en mil pedazos
 Era como dar un portazo
 O tirarse sobre una silla
 Exhausto de ira
 Como saltar uno mismo en pedazos
 Lo que es muy fácil
 Y nunca tiene consecuencias.

Así que allí quedaron,
 A solas con la tierra y con el cielo.
 Todo asumió su culpa.

Ni una hoja tembló, no hubo sonrisas.

Un desastre

Llegaron noticias de una palabra.
 Cuervo la vio matando gente. Comió con apetito.
 Vio cómo reducía
 Ciudades enteras a escombros. Volvió a comer con apetito.
 Vio a sus heces envenenar los mares.
 Se volvió precavido.
 Vio a su aliento mudar tierras enteras
 En polvo y en ceniza.
 Salió volando e inclinó los ojos.

La palabra fluía, se abría, toda boca,
 Sin pupilas ni oídos.
 La vio sorber ciudades
 Como del pecho de una cerda,
 Bebiéndose a la gente
 Hasta que no hubo nadie:
 Uno a uno, los iba digiriendo.

Hambrienta, la palabra posó sus grandes labios,
 Como una lamprea gigante, sobre la curva de la tierra:
 Luego empezó a sorber.

Pero su esfuerzo fue cediendo.
 Sólo era capaz de digerir gente.
 Y entonces se encogió, débil, rugosa,
 Hundiéndose en el fango
 Como un hongo podrido, evaporándose
 Como un lago de sal.
 Era el fin de una época.
 Su herencia: un frágil yermo
 Donde unos cuantos huesos relucían

Y Cuervo, pensativo, caminaba.

Ted Hughes

Traducción de Jordi Doce

Nota del traductor

Ted Hughes (1930) es, probablemente, el poeta inglés más importante del último medio siglo. Sus primeros poemas, herederos a un tiempo de la mejor tradición naturalista inglesa (Wordsworth) y de un simbolismo aprendido en Hopkins y Yeats, sorprendieron por la violencia y energía de su lenguaje. De esos primeros años data su creación de un moderno bestiario, en el que aún una dicción estirada con el gusto por el detalle y el símbolo. Con el tiempo, la voz de Hughes ha ido oscureciéndose hasta dar con las fábulas míticas que caracterizan su producción durante los años setenta. Las razones de esta evolución son diversas: a su gusto por la literatura primitiva hay que añadir la influencia, a fines de los sesenta, de los poetas del Este europeo: Miroslav Holub, Zbigniew Herbert y, sobre todo, Vasko Popa.

Los poemas que aquí se incluyen pertenecen a Crow (Cuervo), considerado el más polémico de sus libros. En él se cuenta el nacimiento, historia y vicisitudes de un personaje, Cuervo, que es a un tiempo enemigo, compañero y sustituto simbólico del hombre. A lo largo del libro, escrito en tono de tragicomedia, Cuervo pasa por infinitud de aventuras de las que apenas parece extraer lecciones, y que, en todo caso, no agotan su incansable voluntad de existencia. Es un libro accesible y complejo al mismo tiempo, pues si es cierto que muchos de los poemas pueden leerse como fábulas, también lo es que a veces dependen de ciertas referencias que el lector no versado en antropología suele desconocer.